

Universidad Adolfo Ibáñez  
Magister en Historia  
Historia Contemporánea

La industria del algodón

Profesor Fernando Wilson  
Josefina Guilisasti  
[joguilisasti@mi.cl](mailto:joguilisasti@mi.cl)

13 de Agosto de 2013

El período imperial, según Eric Hobsbawm, se extiende desde 1776 a 1914, entre la Primera (1750-1840) y la Segunda Revolución Industrial (1880-1914), estando su existencia vinculada directamente al desarrollo del capitalismo desde el siglo XIX.

La Revolución Industrial fue resultado de un largo proceso que inició con la aparición de las corporaciones de oficio y el renacer de ciudades y comercio, impulsando con ello las nociones de lucro y productividad, fundamentales para el desarrollo de una mentalidad capitalista, en la que enriquecimiento y acumulación van de la mano. En el contexto europeo Gran Bretaña fue su mayor representante, debido a la capacidad de desarrollo productivo y la noción de “conquista del nuevo mundo” que dio paso a una economía capitalista controlada por la burguesía.

Louise Marie Pratt en su libro *Ojos Imperiales*, indica que en las élites europeas ya se encontraban desde 1750 desarrollando “su conciencia planetaria, sus ideas sobre sí mismas y su relación con el resto del mundo”<sup>1</sup>. Entre 1830 y 1840 el interés por el establecimiento de rutas marítimas y terrestres estuvo directamente relacionado con la proyección de los dominios, en el conocimiento y ocupación soberana sobre los puntos claves de las rutas comerciales. El desarrollo del comercio, de las flotas navales y los avances científicos dieron paso a los avances “en la disciplina geográfica y en la implementación de una nueva forma de ver al espacio geográfico y la naturaleza en su conjunto, que estaba ligada directamente a la expansión del imperialismo tanto en su manifestación formal (ideológica) como en su práctica colonialista”<sup>2</sup>. Con las grandes navegaciones, las actividades económicas se fueron expandiendo, los europeos comenzaron a controlar vastos territorios del mundo que los llevaron a explorar nuevos rumbos para el comercio y cuyas riquezas serían asignadas a la fabricación de productos destinados a proveer un mercado cada vez mayor. Esto derivó, a su vez, en una transformación de las formas de producción de mercancías en Europa, condicionada por la necesidad de atender una demanda creciente con métodos más eficientes, sustituyendo con ello las antiguas corporaciones de oficios por la producción realizada por varios artesanos que trabajaban por encomienda, recibiendo un salario como pago, y con la materia prima y las herramientas necesarias suministradas por el comerciante. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, algunos mercaderes observaron que podían aumentar aún más la producción y por tanto sus lucros, abasteciendo al precio más asequible a las clases altas con los lujos que desearan, reuniendo en un mismo lugar físico a los artesanos contratados para trabajar, dando paso así a las fábricas.

La industria algodonera fue líder de la industrialización y base de la acumulación de capital y su rápido crecimiento representó un panorama inigualable. Antes de 1760, del nacimiento y desarrollo del sistema fabril, la industria textil se limitaba a la producción doméstica. Conocida como “Sistema Nacional”, las familias eran responsables de todas las etapas del proceso, desde convertir el algodón hasta llegar a elaborar la tela, pero esto cambió con la expansión de la producción desde los campos hacia las fábricas, exigiendo a los trabajadores que tradicionalmente habían estado involucrados en todas las etapas del proceso, a especializarse en un área de producción —reemplazando otras por el uso de las máquinas y ya no de manos— con

---

<sup>1</sup> PRATT, Louise Marie. *Imperial Eyes*. Nueva York: Routledge, 2008, p. 16.

<sup>2</sup> SLUYTER, Andrew. *Colonialism and Landscape: Postcolonial Theory and Applications*. Rowman & Littlefield, 2001, pp. 410-412.

el fin de generar un incremento proporcional en la capacidad productiva del trabajo, tal como señala Adam Smith:

El mayor progreso de la capacidad productiva del trabajo, y la mayor parte de la habilidad, destreza y juicio con que ha sido dirigido o aplicado, parecen haber sido los efectos de la división del trabajo. [...] El gran incremento en la labor que un mismo número de personas puede realizar como consecuencia de la división del trabajo se debe a tres circunstancias diferentes; primero, al aumento en la destreza de todo trabajador individual; segundo, al ahorro del tiempo que normalmente se pierde al pasar de un tipo de tarea a otro; y tercero, a la invención de un gran número de máquinas que facilitan y abrevian la labor, y permiten que un hombre haga el trabajo de muchos. [...] Como consecuencia de la división del trabajo, la totalidad de la atención de cada hombre se dirige naturalmente hacia un solo y simple objetivo<sup>3</sup>.

Para Hobsbawm era evidente que el "Imperialismo como la división internacional del trabajo tenían una tendencia intrínseca a reforzar el monopolio de los viejos países industriales"<sup>4</sup>.

En Gran Bretaña, el algodón supuso el nacimiento de la Revolución Industrial. El algodón fue el rey de los textiles, pero también lo fue de la industria mundial y del comercio. Como señala el historiador inglés Douglas A. Farnie, entre 1800 y 1913, la producción de algodón en bruto creció tres veces más rápido que la creciente población mundial y su consumo se incrementó cinco veces más rápido que todas las fibras rivales juntas, como la lana, el lino o la seda. Para A. Farnie, la industria algodonera cambió el curso de la historia para siempre, debido a su rol dinamizador y el impacto global que tuvo fundamentalmente en la expansión del comercio internacional, en base a la materia prima, la manufactura, la maquinaria textil, así como por el papel que tuvieron los comerciantes como motores de la industria<sup>5</sup>.

La fabricación de textiles de algodón fue considerada como la primera industria moderna del mundo, usando máquinas, la potencia de vapor, y proletarios trabajadores para producir mercancías en un sistema capitalista<sup>6</sup>. Manchester y otras ciudades de los alrededores tenían una tradición de pequeños talleres textiles, además de innumerables casas productoras de hilo y tela, lo que sirvió para proporcionar a las fábricas con una red establecida de mano de obra preparada y trabajadores calificados, lo que llevó a los textiles de Manchester a irrumpir en los mercados alrededor del globo.

La producción del algodón pasó de ser artesanal a convertirse rápidamente en una dominada por enormes fábricas, y Lancashire se encontró en el centro de comercio mundial de algodón, dominando la industria gracias a un favorecido clima —perfecto para mantener la humedad de hilos de algodón finos— y por su abundante suministro de agua gracias a los ríos de las ciudades —esencial para abastecer, en principio, los molinos impulsados por agua y más tarde los numerosos motores a

---

<sup>3</sup> SMITH Adam, *La riqueza de las naciones*, Editorial Alianza, 2011. pp.33-41

<sup>4</sup> HOBBSAWM, Eric. *Historia del Siglo XX*, Editorial CRÍTICA 2010. p.209.

<sup>5</sup> FARNIE, Douglas A. "The Role of Merchants as Prime Movers in the Expansion of the Cotton Industry, 1760-1990" en *The Fibre That Changed the World*. Oxford: Oxford University Press, 2004, p.20.

<sup>6</sup> SANDBERG Lars G. *Lancashire in Decline: A Study in Entrepreneurship, Technology, and International Trade*. Columbus: Ohio State University Press, 1974, p.3.

vapor instalados en Lancashire por las empresas de algodón. Lancashire pasó de ser así un tranquilo remanso a transformarse en una pocas décadas en una ciudad llena de humo y gente. En 1750 el condado tenía una población de solo 297.400, y ya para el año 1831 el número de sus habitantes había aumentado a 1.336.854.

A fines del siglo XIX, los molinos de Lancashire representaron una cuarta parte de todo el comercio de exportación de Gran Bretaña. La *North West's Cotton Industry* alcanzó su máximo auge en 1912, cuando la producción total de la industria británica llegó a ocho mil millones de metros de tela. La manufactura de algodón fue así una de las primeras en tomar ventaja de los avances impulsados por la Revolución Industrial, entre ellos el desarrollo progresivo de los sistemas de transporte, el aumento de carreteras, red de canales y la invención de la máquina a vapor, contribuciones fundamentales para el auge de la industria. A su vez, la cercanía a las costas y la inversión naviera generada en base a la exportación mercantil y los dominios de ultramar, adquirieron esencial importancia para el desarrollo y el incremento tanto de la producción como del comercio de algodón. La ventaja de Inglaterra en comparación con las manufacturas algodonerías de otros países fue sin duda su excelente posición territorial y comercial, intermedia entre el norte y el sur de Europa, así como su situación insular, que combinada con el dominio de los mares resguardaba el territorio de posibles invasiones. El océano alemán, el Báltico y el Mediterráneo eran los caminos regulares de los barcos británicos, y el comando occidental de los puertos dominaban el paso sin obstrucciones hacia el Atlántico y el resto del mundo. Adam Smith menciona al respecto de la importancia del transporte náutico y su influencia en el mercado:

Como el transporte por agua abre para todos los sectores un mercado más amplio que el que puede abrir solo el transporte terrestre, es en las costas del mar y en las orillas de los ríos navegables donde los trabajos de toda suerte empiezan naturalmente a subdividirse y a progresar [...] Dadas las ventajas del transporte por agua, es natural que los primeros en las artes y las industria aparezcan allí donde el mundo es abierto por esta facilidad como mercado para la producción de toda suerte de trabajos, y que siempre ocurra que se extiendan mucho después a las regiones interiores del país. Estas regiones tendrán como mercado para la mayor parte de sus bienes las tierras circundantes, que la separan del mar y de los ríos navegables. La extensión de su mercado se mantendrá durante mucho tiempo en proporción a la riqueza y población del país y en consecuencia su progreso será posterior al progreso del país<sup>7</sup>.

Lancashire como asentamiento de las manufacturas, poseía una comunicación proyectada con el mar a través de su bien situado puerto de Liverpool. Este, no solo le permitía distribuir entre otras naciones del mundo los productos fabricados sino también proporcionaba acceso al comercio que traía de tierras lejanas las materias primas de sus manufacturas y otros suministros básicos necesarios para la manutención de su población, como alimentos desde Irlanda y madera. Las ventajas naturales de su paisaje, que le proporcionaba una comunicación entre canales que se ramificaban desde las partes más pobladas del municipio para conectarlo con otros territorios del interior, hicieron que fuera una zona próspera para los fabricantes.

---

<sup>7</sup> Adam Smith, *La división del mercado esta limitada por la extensión del mercado*, pp.51-52

Asimismo, la marina inglesa celebró su soberanía marítima y bajo su protección el comercio británico se extendió más allá de todos los antiguos límites, estableciendo una empresa de conexión entre los fabricantes de Lancashire y sus clientes en tierras más lejanas. Los bienes producidos no solo proporcionaban gran parte de los géneros que se consumían al interior de Gran Bretaña sino que cerca de la mitad de la producción se exportaba encontrando su camino en los mercados del mundo, llegando incluso a disminuir la demanda de los textiles de la India, primer lugar de nacimiento de la manufactura de algodón y cuya fabricación poseía una organización y destreza manual que por la larga data fue inigualable. Los inventos mecánicos permitieron a las naciones occidentales competir en algunos aspectos con la producción hindú, dando repentinamente a la fabricación de algodón una extensión sin precedentes en Europa y América, teniendo su origen en Inglaterra como el segundo lugar de nacimiento de la técnica y del progreso de ese sector industrial.

El Imperio Británico comprendió los dominios y colonias administradas por el Reino Unido desde el siglo XVI hasta el siglo XX, concretamente hasta el año 1949. Sin embargo, en los primeros años de 1850 se dio una etapa del imperialismo en general, y particularmente del Británico, con una concentración clave en África y Oriente. En ese panorama, India constituyó un territorio primordial, tal como señala Hobsbawm:

Es importante recordar que desde un punto de vista global, la India era el núcleo central de la estrategia británica y esa estrategia exigía un control no solo sobre las rutas marítimas cortas hacia el subcontinente (Egipto, Oriente Medio, el Mar Rojo, El Golfo Pérsico y el Sur de Arabia) y las rutas marítimas largas (el Cabo de Buena Esperanza y Singapur), sino también y sobre todo el océano Indico, incluyendo sectores de la costa africana y su transpaís<sup>8</sup>.

A fines del siglo XVII la India ya se había convertido en el punto focal del comercio de la Compañía de las Indias Orientales (*East India Company*), sociedad que la Reina Isabel I por concesión real en su fundación en 1600 le había otorgado la garantía de todos los privilegios del comercio en la India y por tanto el monopolio de todo el comercio inglés a Asia. Con su sede en la ciudad de Londres, los principales asentamientos de la Compañía se establecieron en las provincias de la India, Bombay, Madras y Calcuta, donde los textiles de algodón para la exportación eran fácilmente disponibles. Las telas de algodón tejidas por los tejedores indios eran importadas a Gran Bretaña en grandes cantidades para abastecer una demanda mundial de tejidos ligeros y baratos para la confección de vestidos y tapicería de muebles.

Más tarde, durante la primera mitad del siglo XVIII, la participación británica en la India se sostuvo en base a una presencia comercial en ciertos puntos a lo largo de la costa. Las guerras que, en diferentes momentos, tienen desolado el resto de Europa, especialmente aquellas que siguieron a la Revolución Francesa, significó para Inglaterra un avance y mejoría en la industria del algodón, que por muchos años la dejó sin competidor en el continente. Para el siglo XIX, el mejoramiento del transporte tanto interno como externo, después de 1850, había aminorado significativamente los costos que los propietarios de las tejedurías de Lancashire y los exportadores vinculados debían cubrir para vender sus productos en la India. Los ferrocarriles y la readecuación de caminos permitieron acceder a aldeas interiores y

---

<sup>8</sup> HOBBSAWM, Eric. *La Era del Imperio 1875-1914*, Editorial CRITICA, 2010. p.67.

para el año 1880 el treinta por ciento de la demanda textil de India Oriental era abastecido con importaciones<sup>9</sup>. Sin embargo, como advierte el historiador británico Christopher Alan Bayly y el antropólogo cultural Arjun Appadurai en su libro *La vida social de las cosas*, también participaron otros dos factores primordiales:

Primero, después de 1857, la expansión de las existencias de monedas de plata, combinadas con el ritmo más acelerado del crecimiento económico y demográfico, elevaron los precios dentro de la India. Esto tendió a incrementar el costo de la mano de obra del artesanado autóctono, el cual tenía que pagar más caros los alimentos y los artículos de subsistencia. Así, se amplió demasiado la diferencia de precio entre los productos industriales europeos y las telas locales hechas a mano. Segundo, la mayor competitividad de Lancashire coincidió con una oscilación de los gastos del consumidor rural hindú, como resultado del alza de los precios agrícolas y de la disminución de la autoridad relativa del Estado para exigir el pago de las rentas *prediales*. No fue sino después de 1890 que las hilanderías hindúes de Bombay y Ahmedabad pudieron recuperar sus mercados. En las clases de mediana y alta calidad, los géneros de Lancashire eran por lo menos un tercio más baratos y lograban una rápida introducción al mercado hasta que, durante los años ochentas del siglo XIX, las propias fábricas hindúes se orientaron hacia la producción masiva<sup>10</sup>.

Desde de la década de 1750, los británicos habían comenzado a librar una guerra terrestre en el este y el sureste de la India y la recompensa de su éxito fue el ejercicio del poder político sobre Bengala en el año 1757, desplegando así el dominio británico en la rica provincia. La *East India Company* pasó de ser una unión comercial hasta transformarse en la empresa que gobernó de forma virtual la India hasta su decadencia en 1858, cuando perdió sus funciones administrativas luego de la Revuelta de los Cipayos y sus posesiones pasaron a manos de la Corona, disolviéndose finalmente en 1874. En 1876, la Reina Victoria fue proclamada Emperatriz de la India Británica.

Para fines del siglo XIX, la dominación británica había consolidado sus conquistas y ampliado su dominio desde el valle del Ganges a Delhi y hacia la mayor parte de la península del sur de India. Los británicos habían establecido una dominación militar que les otorgaba, en los próximos cincuenta años, el poder de someter a todos los estados restantes de la India sin ninguna consecuencia, ya sea conquistando o forzando a sus gobernantes a que se convirtieran en aliados subordinados. Sin embargo, la dominación militar tuvo notables consecuencias especialmente para la inserción de los textiles británicos en India:

Cabe destacar que la ostentación de poder militar llevada a cabo por gobernantes y aristócratas suministró la primera vía importante mediante la cual los textiles británicos alcanzaron la estimación en el plano social y comenzaron a equilibrar las exportaciones de la Compañía de las Indias Orientales, de origen británico, del modo previamente reservado a la plata. En el siglo XVIII, conforme los asesores militares y el armamento europeos se volvieron más comunes en la India, los soberanos intentaron realzar las

---

<sup>9</sup> APPADURAI Arjun. *La vida social de las cosas*. México: Grijalbo, 1991.

<sup>10</sup> ALAN BAYLY, Christopher. "Los orígenes de la *swadeshi* (industria doméstica): telas y sociedad hindú, 1700-1930" en APPADURAI Arjun. *La vida social de las cosas*. Cap. X. México: Grijalbo, 1991, p. 380.

proezas de sus propios ejércitos vistiéndolos con telas inglesas escarlatas. Los tejidos y los arneses rojos se adecuaban bien a los códigos tradicionales de color de las clases guerreras hindúes, la utilización de la sarga roja se difundió desde el ejército integrado por 60 000 hombres del *nawab* de Awadh hasta el ejército de sus competidores, y por grados a toda una amplia gama de soldados no pertenecientes a las tropas regulares, guardias y porteros. El vigor de la imagen de la "chaqueta roja" fue evidente durante el siglo XIX y aún persiste hoy día en ese país de Asia meridional<sup>11</sup>.

Hobsbawm afirma que “la conquista del mundo por la minoría desarrollada transformó imágenes, ideas y aspiraciones por la fuerza y por las instituciones mediante el ejemplo y mediante la transformación social”<sup>12</sup>. Por ello, el imperialismo es reconocido no solo como una manifestación tanto económica y política, sino también cultural. La asociación de los géneros británicos con las hazañas militares fue duplicada por el estímulo a adoptar estilos y lienzos importados en el marco de lo que podría llamarse una ostentación política.

Para la sociedad hindú las telas no solo se relacionaban con las castas y comunicaban información sobre la sociedad, en virtud de que los tejidos podían transferir poder y transformar las relaciones, sino que además se conectaban directamente con el individuo, modificando su esencia tanto moral como física, siendo múltiples sus atribuciones de significado. Para Appadurai “la dominación colonial y la exportación de telas estuvieron complejamente entrelazadas con las disputas de los reinos locales por el poder”<sup>13</sup>. La penetración británica en el mercado hindú no se dio entonces exclusivamente por un predominio de preferencias de consumo utilitario o vinculado a la economía de medios sino también por factores y expectativas culturales, que influyeron en el crecimiento de las importaciones masivas. Los textiles ingleses encajaron en una zona de preferencia de consumo que estuvo ocupada en su momento por telas de algodón finas y sedas autóctonas, insertándose en un terreno que había estado influenciado por “nociones rituales y de dignidad real, así como por consideraciones comunitarias”, como indica C.A. Bayly:

En la fase inicial de las ventas masivas, las telas inglesas tuvieron éxito porque eran compatibles con las preferencias culturales de los consumidores locales. En las partes del mundo en que no lo fueron —por ejemplo, en el Lejano Oriente—, no pudieron avanzar, a pesar de las ventajas equivalentes de precio y de la existencia de un mejor transporte. [...] Cabe señalar que una amplia gama de géneros británicos fueron denominados *nankeen*, un término que aludía a los lienzos chinos de alta calidad y excelente textura que la Compañía de las Indias Orientales había importado alguna vez de la costa de China. Los *nankeen* ingleses tenían una buena apariencia, eran fácilmente lavables y su uso resultaba más cómodo que los tejidos hindúes. Comenzaban a adquirir prestigio: el campesinado creía que “una señal del hombre próspero era su capacidad para vestir a su esposa e hijos con prendas británicas”. “La reputación de la fineza” y la “limpieza” de la tela contrastaba con el aún mínimo renombre del lienzo doméstico. [...] Sólo el impacto ejercido por el nacionalismo comenzó a modificar tales preferencias<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> Idem, p. 376.

<sup>12</sup> HOBBSAWM, *op. cit.*, La Era del Imperio 1875-1914, p. 74.

<sup>13</sup> APPADURAI, *op. cit.*, p. 20.

<sup>14</sup> ALAN BAYLY, *op.cit.* p. 381.

Se estimaba que los reyes y otras personalidades relevantes debían patrocinar a los productores y los mercados, sin una referencia directa a las cuestiones del precio o de la necesidad inmediata. De hecho, la totalidad de tales transacciones efectuadas dentro y fuera de los mercados podían considerarse como semejante al discurso político que mantenía la legitimidad del soberano y la adhesión de los súbditos, demostrando la vastedad y variedad de los reinos, y los contactos entablados con reyes de territorios distantes. Como señala Appadurai “las telas en la sociedad hindú muestran las formas complejas en que estuvieron involucradas en la historia de la India, en su subordinación colonial y en su conformación de movimientos independistas”<sup>15</sup>. Por lo tanto, la difusión de los productos británicos constituyó un reflejo de la modificación en las esferas de la cultura y la economía política, y no meramente una respuesta a la disponibilidad de mejores precios; asunto que los propios comerciantes europeos conocían y que más tarde también repercutiría y se vería reflejado en el repudio de la sociedad hindú hacia los productos e inclinaciones británicas:

Asimismo, el posterior rechazo de los estilos europeos y de los bienes británicos, aunque haya sido parcial, trascendió el campo de la política práctica y se relacionó con la cuestión de la identidad nacional, la cual resucitó temporalmente el valor transformador del tejido. De hecho, incluso aquellos europeos que vendían a los hindúes estaban conscientes de que lo que se hallaba en juego no solo era el ahorro, sino también las adaptaciones en materia de gustos y preferencias culturales<sup>16</sup>.

La penetración de los artículos europeos durante el siglo XIX y el fin del patronazgo monárquico otorgado a los tejedores de la India representaron, por ende, algo más que una crisis en la historia económica. En realidad, dieron lugar a una crisis de legitimidad para los nuevos gobernantes del período colonial. La oposición expresada y sustentada en contra de las importaciones británicas no fueron evidentes sino hasta que ésta fuera precursora del movimiento nacionalista hacia fines del siglo XIX. El movimiento *swadeshi* fue el principal defensor de la producción local y la industria doméstica de textiles en Bengala y más tarde en el resto de la India desde 1905, planteando con vehemente resistencia su contra a las importaciones de productos británicos y por ende a la “colonización del gusto”. Su ideología había sido inspirada por Mahatma Gandhi quien, como señala Hobsbawn, ilustraba perfectamente el impacto de la época del Imperialismo, ya que había "nacido en el seno de una familia de una casta relativamente modesta de comerciantes y prestamistas, no muy asociada entonces con la elite occidentalizada que administraba la India bajo la supervisión de los británicos pero, sin embargo, había adquirido una formación profesional y política en el Reino Unido"<sup>17</sup>. Herederos del renacer artístico de India, los integrantes del movimiento *swadeshi* velaban por proteger, de la influencia y el carácter impersonal de la producción textil masiva y la uniformidad de las tinciones de telas con colorantes químicos, los valores de las tradiciones originarias y artesanales hindúes. Su esfuerzo se concentraba en fomentar la industria doméstica mediante el boicot no solo de los productos ingleses sino también de los hindúes que vendían bienes británicos. Según advierte C.A. Bayly, el movimiento logró boicotear las manufacturas británicas solo en los lugares en los que poderosos terratenientes

---

<sup>15</sup> APPADURAI, *op.cit.*, p. 17.

<sup>16</sup> ALAN BAYLY, *op.cit.* p. 374.

<sup>17</sup> HOBBSAWM, *op.cit.*, *La Era del Imperio 1875-1914*, p. 75.

participaron como cabecillas, siendo asimismo una de las tentativas modernas de definir los límites de la comunidad y la política, con base en la producción y el consumo de textiles. A pesar de que disminuyó la velocidad de la declinación del número de tejedores rurales en Bengala y la India oriental durante las dos décadas comprendidas entre 1890 y 1910, el punto culminante de su misión se dio entre 1905 y 1910, impulsados por el conflicto político suscitado por la decisión del gobierno de Lord Curzon, estadista y conservador británico que fue virrey de India y también secretario de Relaciones Exteriores, de dividir la provincia de Bengala y neutralizar el nacionalismo radical.

Sin embargo, el nacionalismo hindú fue uno de los tantos inconvenientes que venía arrastrando la industria textil británica y a los que tuvo que hacer frente desde el siglo XIX. A principios de 1860, la industria del algodón de Lancashire, que dominó la economía británica de mediados de siglo, fue devastada por un evento político más allá de su control, la Guerra Civil de los Estados Unidos. Acontecimiento crucial en la historia de la industria del algodón de Lancashire y Manchester.

En abril de 1861, el presidente Lincoln ordenó el bloqueo de los puertos del sur por la escuadra nortea, salida para el algodón en rama del que las fábricas de Lancashire dependían en gran porcentaje. Con ello Inglaterra se vio obligada a dejar de importar algodón en rama de los Estados del Sur, que constituía la principal materia prima en el comercio internacional. Desde una decena de años atrás, Estados Unidos se había convertido en productora de algodón, con cultivo y manufactura integrados en su nación. Inglaterra, en cambio, carecía de cultivos propios en su territorio y compraba algodón en bruto del sur, y lo comercializaba, ya industrializado, en el mercado mundial. Las contradicciones insalvables entre la moderna sociedad industrial nortea y el sur esclavista, impidieron mantener su producción a gran escala. Los intentos de encontrar fuentes alternativas de suministro de la India o Egipto tuvieron poco éxito. El bloqueo de los puertos fue visto como una intervención injustificada a la libertad del comercio y el gobierno británico intentó presionar para exigir su levantamiento, por la fuerza si fuese necesario. Privadas de materia prima esencial, hilanderías y tejedurías fueron cerradas o recurrieron a acortar los tiempos de trabajo de sus funcionarios, lo que tuvo como resultado el desempleo masivo. En noviembre de 1862, las tres quintas partes de la población activa, más de trescientos mil hombres y mujeres, estaba cesante. Sin embargo, muchos de ellos soportaron con calma porque creían en la causa por la que Lincoln estaba luchando, la liberación de los esclavos de los propietarios de las plantaciones del sur.

Acosada por la falta de materia prima, Inglaterra se lanzó a buscar o promover nuevas fuentes de explotación. La India, Egipto, Siam, China y Brasil, le vendieron algodón, pero no lo suficiente como para mantener el alto grado de producción alcanzado antes de la crisis. La desesperación de los industriales de Lancashire y Manchester, que financiaba las exportaciones de algodón a Inglaterra, se acrecentó cuando advirtieron la situación monetaria creada por las compras de la materia prima efectuadas al extranjero, especialmente por la India que, sumida en la pobreza, carecía de capacidad monetaria y por ende no podía compensar el algodón que entregaba con la compra de mercaderías británicas.

La crisis llegó a su punto máximo con los disturbios que estallaron en 1863, dando lugar a la intervención del gobierno para financiar obras públicas y dar trabajo remunerado en lugar de asistencia a los desempleados. Desde entonces el desempleo se redujo, pero no fue sino hasta el final de la guerra, en abril de 1865, cuando volvió a la normalidad. Sin embargo, la industria del algodón norteamericano nunca recuperó el dominio que alguna una vez había tenido en la economía británica. Inglaterra, por

otra parte, había tenido que pagar sus compras a otros proveedores de algodón, como la India, en metálico, siendo una de las causas que llevaría directamente a la crisis financiera británica de 1866, con catastróficos efectos para el mercado bursátil.

Las grandes potencias, basadas en una política e ideología de expansión colonial europea, habían estado reforzando entre 1870 y el comienzo de la Primera Guerra Mundial en 1914, una ardua lucha y competencia por conseguir territorios de ultramar, en una búsqueda sin precedentes de “imperios por el imperios”, caracterizada además por la aparición, en los países conquistadores, de doctrinas que justificaban la superioridad racial y negaban la aptitud de los pueblos subyugados para gobernarse por sí mismos. Durante este período, denominado como “Nuevo Imperialismo”, las potencias europeas aumentaron numerosas sus posesiones coloniales, enfocándose hacia objetivos como Africa, el sudeste asiático y el Pacífico. Reino Unido ya había ingresado a este nuevo imperialismo en 1875 cuando el gobierno conservador de turno compró al gobernante de Egipto y su parte en el Canal de Suez, asegurándose el control estratégico de las vías y canales para el tráfico entre su país y la India; lo que más tarde derivaría en la total ocupación británica de Egipto en 1882.

Mientras los políticos de ambos lados del Atlántico, exigían la regulación de la intercambios comerciales de materias primas, los fabricantes y productores de algodón buscaron soluciones no estatales para superar los aspectos que suscitaban la crisis. Los británicos veían en su imperio de ultramar nuevas fuentes de algodón, con la esperanza de adjudicarse para el futuro nuevas fuentes coloniales. También construyeron una alianza con otros fabricantes, con la esperanza de utilizar la organización internacional para luchar contra la especulación y las instituciones claves de la reforma del comercio del algodón. La crisis anterior tuvo así un papel importante en el cambio económico de los tres continentes, constituyendo una oportunidad para probar diferentes modelos de cambio económico. En África, incluso, inspiró algunos de los primeros intentos serios de desarrollo a gran escala de los estados coloniales.

Después del crítico período, la segunda revolución industrial a partir de 1880 respondió con un incremento constante de la oferta de algodón y una resultante disminución en el precio de la materia prima en bruto. Una gran cantidad de nuevos usos de la fibra de algodón surgieron, como cuerdas para neumáticos de automóviles y "mercerizado" imitación de la seda. La manufactura de algodón sobrevivió a la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos y la producción de algodón en bruto creció extraordinariamente en la segunda mitad del siglo XIX. El advenimiento de servicio de vapores eficiente y el telégrafo suprimieron la limitación espacial del transporte de productos básicos, lo que permitió tanto al algodón y como a otras materias primas fluir por todo el mundo con más facilidad que nunca. A finales del siglo XIX, el mundo hecho por el algodón era verdaderamente global, conectando los medios de vida de los obreros industriales y campesinos rurales en todos los rincones del planeta.

La economía mundial fue dominada por Gran Bretaña en el período anterior a 1914, correspondiendo a más de las tres cuartas partes de las inversiones en los países de ultramar. Los millones de habitantes del subcontinente indio y chino eran entonces demasiado pobres como para comprar productos externos y dependían del aprovisionamiento local de sus necesidades. Por fortuna para los británicos en el período de su hegemonía económica, la pequeña capacidad de demanda individual de sus millones de habitantes sumaba la riqueza suficiente para mantener en funcionamiento la industria algodonera de Lancashire, y su interés era que el mercado

de las colonias dependiera completamente de lo que ellos fabricaban, es decir, que se ruralizaran. Pero existió un competitivo mercado de algodón paralelo y más cerca que el lejano y caro Lancashire.

El estallido de la guerra en Europa causó una gran crisis financiera y diplomática internacional. Los mercados internacionales, como el de Liverpool, que llevaban contratos abiertos para todos los países productores de algodón en el mundo, incluidos todos los participantes en la guerra, se cerraron. Esto generó un gran vacío en los contratos futuros que debían ser liquidados antes de que los mercados pudieran comerciar libremente, como requisito esencial para su reapertura. El comercio se abrió nuevamente el 6 de noviembre de 1914, poco más de tres meses después de que la guerra fuese declarada. Fue una respuesta sorprendentemente rápida y constituyó un marcado contraste con lo que ocurriría en la próxima gran guerra. El fin inmediato de la Primera Guerra Mundial había conducido a un auge de la posguerra, a pesar de los crecientes precios. Los mercados no tenían otra opción que pagar los elevados valores, y los almacenes de Liverpool y Manchester fueron reabastecidos con algodón estadounidense, importaron más de cuatro mil millones de ramas de algodón entre 1919 y 1920. Pero el boom no duró mucho. Los fabricantes de Lancashire fueron incapaces de competir con la mano de obra barata y los productos de la India y Japón. La guerra había obligado atender a la demanda de India y China con las fábricas de Japón y de la propia India, cuyos trabajadores y propietarios habían adquirido una valiosa experiencia en el proceso. Asimismo, el comercio de exportación de tela e hilo de Lancashire en el Lejano Oriente se derrumbó. Esto significó una terrible reducción de volumen de negocios para el mercado del algodón de Liverpool, que vio las importaciones reducidas a casi el 50%. Otros problemas vinieron con la destrucción de la cosecha estadounidense de 1921. *The Street Crash* de 1929 trajo consigo la Gran Depresión y el efecto sobre el mercado del algodón de Liverpool fue grave: en 1931 las importaciones de algodón de Liverpool estaban en su punto más bajo. Para Hobsbawm “el período revolucionario había afectado especialmente al imperio británico, pero la Gran Depresión hizo tambalear a todo el mundo dependiente”<sup>18</sup>.

Tras la Primera Guerra Mundial, el Imperio británico, aunque emergió como uno de los vencedores y vio su máximo período de expansión, sufrió los elevados costes de la misma, los que minaron su capacidad financiera para mantener tan vasto Imperio. Los británicos habían sufrido miles de bajas y liquidado sus recursos financieros a un ritmo alarmante, lo que condujo al aumento de su deuda. A su vez, el sentimiento nacionalista creció tanto en las colonias nuevas como en las antiguas, alimentado por el orgullo derivado de la participación en el conflicto de muchos de aquellos súbditos, como tropas imperiales. En 1914, la tensión de la Guerra Mundial exacerbó la naciente agitación en India. Incluso Gandhi, más tarde, llegó a incitar la resistencia contra el Raj en 1919. Las protestas y confrontaciones la consumieron y llegaron a duras consecuencias.

En 1921, Gandhi inició el movimiento de todos los indios a comprar tela o producir un paño indio hilado a mano, en protesta contra la práctica colonial Gran Bretaña. Gandhi instaló un telar y tejió su propia ropa, instando a otros a seguir su ejemplo. Pronto, muchos pobladores de la India estaban haciendo su propia ropa como una declaración política y la industria 'cottage' se convirtió en un elemento básico de la economía rural del país. Khadi se convirtió en el tejido de la lucha por la libertad y Gandhi simbolizó la batalla indo-británica sobre los telares de Manchester y

---

<sup>18</sup> Idem., *op. cit.*, Siglo XX, p. 215.

una promesa de identidad moderna para la India.

Aunque los dominios no tuvieron voz en la declaración formal de guerra en 1914, todos ellos fueron incluidos por separado entre los firmantes del tratado de paz de Versalles en 1919, que había sido negociado por una delegación del Imperio encabezada por el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Sin embargo, los movimientos nacionalistas continuaron con fuerza desafiando la potencia imperial reclamando con fuerza convertirse en estados independientes.

La independencia de los dominios fue formalizada en 1926 y desde entonces fueron autónomas en sus relaciones internacionales y por tanto libres de las obstrucciones legislativas provenientes de Reino Unido. Como señala Hobsbawm “la década de 1930 fue, pues crucial para el tercer mundo no tanto porque la depresión desencadenara una radicalización política sino porque determinó que en los diferentes países entraran en contacto las minorías políticas y la población común”<sup>19</sup>.

La Segunda Guerra Mundial debilitó aún más el liderazgo financiero y comercial británico. Su arribo, fue un punto de inflexión para la industria del algodón de Lancashire y el mercado del algodón de Liverpool, sellando su destino. Los ataques y bombardeos a puertos y ciudades amenazaron el suministro de algodón y exigieron medidas drásticas. El Gobierno se hizo cargo de la compra y la distribución y el mercado de algodón Liverpool fue cerrado. El mercado del algodón fue reabierto en 1954, pero sin recuperar lo que fue.

El final del Imperio se unió a la crisis económica que tuvo que enfretar el Reino Unido. Desde 1945, como subraya Hobsbawm el mundo colonial se había transformado en un mosaico de estados nominalmente soberanos a los que se unieron además diversos “teóricos de la dependencia” para atacar el imperialismo como una forma de perpetuar el atraso de los países atrasados<sup>20</sup>. Durante la Segunda Guerra Mundial, los británicos habían movilizado los recursos humanos y económicos de la India en un esfuerzo de guerra imperial junto con la voluntad del Raj al servicio de la guerra británica, que superaba la escala de la puesta en 1914-1918, controlando en esta ocasión la posición de las masas que se alineaban con un partido de liberación nacional<sup>21</sup>. Sin embargo, anteriormente, para obtener el apoyo del Congreso Nacional, Gran Bretaña había prometido darle a India plena independencia una vez que la guerra hubiera terminado, a la espera que el autogobierno de India siguiera siendo parte de la defensa imperial. A los pocos meses del final de la guerra, era manifiesto que Gran Bretaña carecía de los medios para derrotar una campaña masiva renovada por el Congreso. Los británicos se retiraron del subcontinente indio en 1947 antes de resultar evidente que ya no podían controlarlo y lo hicieron sin oponer la menor resistencia<sup>22</sup>. La crisis económica obligó también al gobierno a abandonar el puesto de primera potencia mundial, embarcándose en un abrupto realineamiento con Europa Occidental.

Un síntoma temprano de la debilidad del imperio fue la retirada británica de la India. El colapso del poder imperial británico, casi por completo a mediados de la década de 1960, fue una repercusión directa de los efectos de la Segunda Guerra Mundial. La catastrófica derrota de los británicos en Europa y Asia entre 1940 y 1942 destruyó su independencia financiera y económica, y por lo tanto la base real del sistema imperial. Aunque Gran Bretaña fue uno de los aliados victoriosos, la derrota de Alemania había sido principalmente el trabajo del poder soviético y

---

<sup>19</sup> Idem., p. 217.

<sup>20</sup> Idem., pp. 209- p.211.

<sup>21</sup> Idem., p.223.

<sup>22</sup> Idem., p. 222.

estadounidense, mientras que la de Japón había sido un triunfo casi totalmente americano. Gran Bretaña había sobrevivido a la guerra, pero su riqueza, prestigio y autoridad, se habían reducido drásticamente junto con el antiguo equilibrio de poder y seguridad. Los británicos se vieron atrapados en un final imperial con la sensación de una salida más o menos digna, que disfrazaba el hecho de que el fin del Raj fue un duro golpe para el poder mundial británico. Gran Bretaña había perdido la colonia que había proporcionado gran parte de su fuerza militar y el soporte a su economía por larga data, viéndose ensombrecida además por dos nuevas superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Los líderes británicos no tenían duda de que su país debía mantener su estatus como la tercera gran potencia. Para ello, estaban decididos a explotar las colonias tropicales con mayor eficacia y permanecer en el Medio Oriente debido al hecho de que sus productos y materias primas se podían vender por sumas que necesitaban, aunque no se trataba simplemente de un imperativo económico sino también una estrategia de defensa. En Egipto, Iraq, Jordania y el Golfo, los británicos estaban decididos a aferrarse a las bases de sus tratados, incluyendo la vasta zona del canal de Suez. Desde 1970 ningún territorio de gran extensión continuaba bajo la administración directa de las antiguas potencias coloniales o de los regímenes controlados por sus colonos<sup>23</sup>. Sin embargo, Inglaterra experimentó el legado de su pasado imperial con una gran afluencia de inmigrantes, en su mayoría del sur de Asia.

Respecto a la industria algodonera, en 1963, la Asociación de Liverpool Cotton, que desde 1841 había sido creada por un grupo de corredores de algodón con el fin de establecer un conjunto de reglamentos y normas para ayudar a regular la venta y compra de algodón en rama, se había reinventado con éxito centrándose en la prestación de servicios especializados. La Asociación se hizo cada vez más global en su perspectiva y esto se reflejó su cambio de nombre en 2004, a Asociación Internacional del Algodón

En el siglo 21, los viejos vínculos imperiales todavía sobreviven, sobre todo las basadas en el lenguaje y la ley, lo que puede suponer una importancia creciente en un mundo globalizado, que económicamente y bajo la liberalización de los mercados llevaron a una rápida intensificación del fenómeno de la deslocalización hacia países del Sur, impulsado fundamentalmente por la industria textil. Fenómeno que ha generado un impacto económico, social y ambiental negativo para muchos países que no presentan insuficientes garantías de protección legal.

El cultivo, producción y comercio del algodón continúa influenciando así el mercado mundial. Actualmente, como principal componente de la mayoría de prendas textiles, es la fuente de ingresos de más de 125 millones de personas y concentra el 23% de los pesticidas utilizados en todo el mundo, mientras que sus fábricas violan constantemente los derechos humanos. Los trabajadores de cadenas multinacionales cobran salarios mínimos con horarios abusivos y sufren problemas de salud por culpa de los componentes químicos utilizados. Varias ONG denuncian que en muchas fábricas "la explotación infantil es una realidad" y en la India, actualmente, más de 400.000 niñas y niños trabajan en las plantaciones algodoneras en condiciones infrahumanas. Además, el exceso de producción de algodón junto a las políticas comerciales de Estados Unidos y la Unión Europea ahoga a los países del Sur para poder mantener la competitividad. La búsqueda del beneficios, ha fomentado el monocultivo y el cultivo transgénico del algodón, con el perjuicio que supone para el

---

<sup>23</sup> Idem., p. 225.

medio ambiente y la biodiversidad. A pesar de la resistencia a su uso, ya en 1997 el 25% de las áreas sembradas con este cultivo en los Estados Unidos correspondían a variedades genéticamente modificadas, mientras que otro de los grandes productores, la India, dio vía libre a su cultivo en 2001. La introducción los cultivos transgénicos del algodón ha marcado la historia de la producción textil actual de la India y otros lugares del mundo, constituyendo la tecnología agraria que más rápidamente se ha adoptado en la historia de la agricultura moderna (la superficie se ha prácticamente doblado en 15 años, desde 17 millones de hectáreas en 1996 hasta 160 millones en 2011)<sup>24</sup>. Qué ha cambiado entonces? En la moderna India independiente, la industria del algodón, una vez más, entra a competir en el mercado mundial. Hay una gran diversidad aún en las tradiciones y los métodos utilizados para producir algodón. Tejedores a menudo trabajan en estrecha estructuras familiares en los cuales pasaron antiguas habilidades de generación en generación y hay un gran orgullo por el trabajo, la fibra y la rica historia que rodea incluso el tejido más sencilla de algodón. Sin embargo, la figura parece ser la misma, aunque el principal motor de la expansión actual ha sido la industria agrobiotecnológica, usando sus vínculos con los poderes políticos actuales.

---

<sup>24</sup> ISAAA (International Service for the Acquisition of Agri-biotech Applications). *Global status of commercialized biotech/GM crops*, 2011.

## BIBLIOGRAFÍA

HOBBSAWM, Eric. *La Era del Imperio 1875-1914*, Editorial CRITICA, 2010.

SMITH Adam, *La riqueza de las naciones*, Editorial Alianza, 2011.

HOBBSAWM, Eric. *Historia del Siglo XX*, Editorial CRÍTICA 2010.

PRATT, Louise Marie. *Imperial Eyes*. Nueva York: Routledge, 2008.

SLUYTER, Andrew. *Colonialism and Landscape: Postcolonial Theory and Applications*. Rowman & Littlefield, 2001.

FARNIE, Douglas A. "The Role of Merchants as Prime Movers in the Expansion of the Cotton Industry, 1760-1990" en *The Fibre That Changed the World*. Oxford: Oxford University Press, 2004.

SANDBERG Lars G. *Lancashire in Decline: A Study in Entrepreneurship, Technology, and International Trade*. Columbus: Ohio State University Press, 1974.